

## Hagadá y Halajá Jaim Najnman Bialik

La halajá representa la fuerza para ordenar nuestra vida de acuerdo a un patrón fijo, es una fuerza que da forma. La hagadá es la expresión de la lucha incansable del hombre que desafía todas las limitaciones. La halajá es la racionalización y la esquematización del vivir, es definida, específica establece medidas y límites, poniendo a la vida en un sistema exacto. La Hagadá se ocupa de aquellos asuntos inefables entre el Hombre con D's, con su prójimo y con el mundo. La halajá se ocupa de los detalles con cada mandamiento por separado; la Hagadá con la vida entera, con la totalidad de la vida religiosa. La Halajá trata con la ley, la hagadá con el significado de la Ley. La halajá dialoga con temas que pueden ser expresados en forma literal, la Hagadá nos introduce en un reino que está más allá de las formas de expresión. La halajá nos enseña cómo hacer determinados actos en un determinado momento, la hagadá nos dice cómo vivir y participar en el drama eterno. La halajá nos da conocimiento, la hagadá nos brinda aspiraciones.

La halajá nos da las normas de acción, la hagadá, la visión de los propósitos de vivir. La halajá prescribe, la hagadá sugiere, la halajá decreta, la hagadá inspira, la halajá es definida, la hagadá es alusiva.

Cuando Itzjak bendijo a su hijo Yaakov le dijo: "Que D's te de el rocío del cielo y de las gorduras de la tierra, y abundancia de trigo y uvas" (Bereshit 27:28). Resaltado por el midrash (una interpretación rabínica antigua de los textos): "Rocío del cielo son las escrituras, la gordura de la tierra es la Mishná (la primera compilación de ley judía), el trigo es Halajá y el vino es Hagadá".

La halajá por necesidad, habla de las leyes incluso en forma abstracta, sin importar la totalidad de la persona. Es la hagadá la que se preocupa de mantener el foco en hacer un cambio en quien hace la acción, que el propósito de la observancia es hacernos alcanzar metas espirituales...

Afirmar que la esencia del judaísmo consiste exclusivamente en la halajá es tan erróneo como afirmar que la esencia del judaísmo es sólo la hagadá. La interrelación entre halajá y hagadá es el verdadero corazón del judaísmo. La halajá sin hagadá es muerte, la hagadá sin halajá es salvaje.

La halajá piensa en la categoría de la cantidad, la hagadá en la categoría de la calidad. La hagadá sostiene que quien salva una vida es como si salvara a todo el mundo. En los ojos de quien sólo mira cantidades, la vida de una persona es menos que la de dos personas, pero en los ojos de D's, una vida vale como todas las vidas. La halajá habla de las medidas y las dimensiones de nuestras obras, diciéndonos cuánto debemos hacer para cumplir con nuestro deber, sobre los tamaños, capacidades y contenidos de quien hace una determinada acción. La hagadá trata con lo que no se puede medir, con los aspectos internos de la vida, diciéndonos cómo debemos pensar y sentir, cómo en vez de cuánto debemos hacer para cumplir con nuestros deberes, la manera, no sólo el contenido es importante.

Reducir el judaísmo a la ley, a la Halajá es apagar su luz, es violar su esencia y matar su espíritu. Tenemos un legado de hagadá junto con un sistema de halajá, y aun así, debido a una serie de razones, ese legado ha sido pasado por alto y la hagadá se ha convertido es esclava de la halajá, la halajá en última instancia es dependiente de la hagadá. La halajá, la racionalización del vivir, no es sólo emplear elementos que son de por sí irracionales, su

autoridad depende de la hagadá. ¿Cuál es la base de la halajá?. Lo sucedido en el monte Sinai! (la entrega de la Torá) El misterio de la revelación pertenece a la hagadá. De esta forma, el contenido de la halajá depende de su propio razonamiento, pero su autoridad se deriva de la hagadá.

Reducir el judaísmo a su espiritualidad, a la hagadá, es ocultar su luz, disolviendo su esencia, destruyendo su realidad. De hecho, la forma más eficaz de perder la hagadá es abolir la halajá. Sólo puede sobrevivir en simbiosis. Sin halajá, la hagadá pierde su sustancia, su carácter, su fuente de inspiración, la seguridad de no secularizarse.

Por mera espiritualidad no nos acercamos a D's. Las intenciones más puras, los más finos sentimientos de devoción, las más nobles aspiraciones espirituales, son necias y vacías si no son llevadas a la acción. La espiritualidad pura es para los ángeles, no para los hombres. Sólo hay una función que puede tomar lugar sin la ayuda de significados externos: Soñar. Cuando sueña, el hombre casi se separa de la realidad concreta. Aun así, la vida espiritual no es un sueño, y está en constante necesidad de acción. La acción es la verificación del espíritu. ¿Acaso la amistad es meramente una emoción? ¿Sólo consiste en contemplar el sentimiento? ¿No es siempre acaso que en la necesidad de lo tangible lo material significa una expresión? La vida del espíritu también necesita acciones concretas para poder actualizarse. El cuerpo no debe ser dejado solo, el espíritu debe calzar en la carne. El espíritu es decisivo, pero es la vida, toda la vida, en donde el espíritu está en juego. Para consagrar nuestras manos y nuestra lengua tenemos extraordinarios métodos de pedagogía. Es imposible decidir cuándo en el judaísmo la supremacía pertenece a la halajá o a la hagadá, a quien da la ley o al salmista. Los rabinos ya habían detectado el problema: "Dijo Rav: El mundo fue creado por causa de David, para que él pudiera cantar himnos y salmos a D's. Shmuel dijo: El mundo fue creado por causa de Moshé para que él pudiera recibir la Torá" (Talmud Bavli, Masejet Sanhedrín 98b)...

No hay halajá sin hagadá, y no hay hagadá sin halajá. No debemos menospreciar el cuerpo, ni sacrificar el espíritu. El cuerpo es una disciplina, el patrón, la ley; el espíritu es la devoción interna, espontánea y libre. El cuerpo sin un espíritu es un cadáver, el espíritu sin un cuerpo es un fantasma. Por eso una mitzvá es tanto disciplina como inspiración, un acto de obediencia una experiencia de regocijo, un yugo y una prerrogativa. Nuestra tarea es aprender cómo una armonía entre las demandas de la halajá y el espíritu de la hagadá.